

El regalo de Pablo

Marçal Mora

El regalo de Pablo

SEPTEN EDICIONES

I.

Los martes y los jueves dejan salir a todos los ancianos para que campen a sus anchas. Pocos salen fuera del recinto y muchos de ellos sólo llegan hasta el patio de la entrada principal de la residencia. A través de la puerta grande puede verse lo que es: un bosque poco poblado de pinos altos y delgados además de algún que otro arbusto. En todo el muro, eso sí, existe un larguísimo macetero de cemento que limita el perímetro del patio. Está embaldosado con graciosas cenefas azules que ondulan los bordes de la maceta de obra. A cada palmo y medio, la cerámica azulada dibuja un semicírculo ovalado que cubre a una figura humana. Muchas de las figuras que se crean parecen danzar con cierto sentido del equilibrio, formando entre ellas un gran desfile de poses variopintas, como si estuvieran en una sala bailando clásico. Las féminas van cubiertas con vestidos cortos, cada cual de un color distinto que se repite al cabo de seis u ocho azulejos sin orden aparente. Debido al paso del tiempo y quizá por estar expuestas al aire libre, la decorativa danza se vuelve curiosa y extraña, sobre todo la primera vez que alguien se fija en ella. Los colores han perdido su brillo original y confieren al lugar un apagado arco iris que transforma lo que debía ser un collage de luz y color en un patético abanico de tonos tristes. Extraño es a la vez, el contenido de las baldosas, pues nadie puede cerciorarse de dónde salieron tan singulares bailarinas de dibujo poco agraciado. Sus rostros son más que borrosos y en algunos casos, han quedado substituidos por la capa interna de las baldosas rotas, ese color anaranjado junto al cemento. Quizá una piedra rebotada por un puntapié, un golpe indebido de algún bastón, una pedrada debido al mal tiempo, nadie lo sabrá. El clima y la intemperie son los causantes de dichos destrozos, que sin lugar a dudas no serán nunca reparados. Al menos, desde que Pablo, el enfermero más joven del geriátrico, empezó a trabajar en el lugar.

Hoy se fija un poco más en las ninfas de las baldosas mientras Alberto, un residente octogenario, intenta sentarse en uno de los pocos bancos del patio de la entrada. Pablo sabe que, al rato, el abuelo sacará su pitillera y le ofrecerá un cigarrillo por pura cortesía. La respuesta siempre es la misma.

—No gracias, ya sabes que no fumo.

Y con un gesto, Pablo, rechazará dicha invitación, sin que pueda resistirse a advertirle.

—Y tú no deberías fumar. Ya sabes que puede caerme un puro por ello.

—Bueno, pues fúmate tú el puro y déjame a mí el cigarrillo.

Alberto emitirá una risita oculta tras una leve mueca. Evidentemente no dejará que le intimide el enfermero y sacará una cerilla para dar por terminada la discusión. Pablo acaba por sonreír también. Ha perdido ya la cuenta de las veces que Alberto lo tienta con la misma broma. Sabe que es un recurso de hombre mayor y que para ellos es importante repetir una y otra vez la misma frase, el mismo chiste o la misma acción. Asegurándose así el recordar que la han realizado o pronunciado. La vejez tiene estos absurdos caprichos. Para un joven como Pablo, podría llegar a ser irritante, pero él es enfermero y sabe cual es su sitio. Muy de vez en cuando, aún lo encuentra gracioso.

Pero esta vez tiene la cabeza en otro lugar y responde al juego de Alberto sin prestarle demasiada atención. Mientras está sentado, él se apoya en un pino que tiene la justa inclinación para que pueda colocar la planta del zapato y echar la espalda hacia atrás para utilizar el tronco de respaldo. Está enfrente del anciano, pero su mirada se pierde en la belleza rota de una bailarina embaldosada.

—Alberto

—Dime

—Nada, déjalo.

Y Alberto alza la cabeza lentamente, como si adivinara la angustia de Pablo.

—¿Dime qué te pasa? Ayer lo mismo. ¡Dame una pista!

—Es que aún no puedo decírtelo. O sí. El caso es que no estoy seguro. Por eso dudo —dubita Pablo.

—Bueno, pues no te preocupes. Si puede esperar y no estás seguro, tranquilo.

—Sí, mejor esperar. Puedo esperar.

—Entonces no le des más vueltas. ¿Damos un paseo?

—¡Claro!

—Ayúdame a levantarme. Cada vez tengo peor las articulaciones.

—Será que te haces mayor y tu cuerpo ya no está para según que cosas.

—No te cachondees, no te cachondees. Que aquí sobra un bromista y no soy yo.

Alberto y Pablo andan por el patio delantero. Esta vez tampoco salen a la calle. Ya hace algún tiempo que Alberto ya no traspasa la entrada principal. Algunos de sus compañeros, en cambio, aún siguen con las escapadas semanales. Uno de ellos cruza la verja y vuelve hacia el interior. Pablo lo saluda con la mano.

—Don José acaba de entrar. Lleva una bolsa de plástico llena.

—Sí, está semana le tocaba a él hacer los recados.

—Sí que estáis bien organizados, sí.

—Bueno, alguien tiene que reponer las existencias para el vicio.

—No quiero saber nada Alberto. En serio. Prefiero no saberlo.

—¡Tú has preguntado!

Los dos se dirigen hacia la otra punta del patio, donde hay una colección de rosales secos, prácticamente deshojados. A lo lejos, un par de ancianas han ocupado el banco y se distraen curioseando en el interior de una piña. Alberto se da cuenta que Pablo las mira de reojo dándoles la espalda.

—Hoy estas un poco distraído. Sí señor. ¿No te habrás echado novia, verdad?

—Bueno, no. Pero he conocido a una chica. Sí.

—¿Es de lo que me querías hablar?

—No, pero está relacionado. No importa. Dejémoslo.

—Como quieras, pero que sepas que yo sé un montón sobre el amor. He escrito decenas de manuscritos sobre ello.

Pablo no puede reprimir una ligera sonrisa después del comentario. Conoce lo suficiente ya a Alberto para saber a lo que se refiere. Alberto apaga el cigarro enterrándolo en mitad de unos rosales. Ha pedido al enfermero que lo siga porque tiene algo que enseñarle. Pablo sabe que ahora se dirigirán a la habitación y tendrá que esperar un rato para que Alberto encuentre uno de esos manuscritos

escondidos. Antes le pedirá que saque del altillo del armario una inmensa caja metálica para que la deje sobre la cama. Ese será el momento para que Pablo lo deje unos minutos a solas y salga otra vez al patio a dar un vistazo. Quizá podrá saber dónde están entonces Griselda y Marta, las dos ancianas que se habían sentado en el banco y encontrar también a un nuevo residente que haya podido volver en ese momento. En el patio pocos quedan ya, solo le falta ver el salón y la sala del televisor, donde se concentran el resto de residentes. Cuando haya cumplido su rutina de vigilancia volverá a la habitación de Alberto y aún lo encontrará hurgando en la caja, aunque tenga además, al lado de ésta, un par de dosieres amarillentos a los que Alberto llama sus obras.

—¿Tu problema es de principio o de fin? —ha espetado Alberto al encontrar a Pablo apoyado y observándolo desde la puerta.

—¿Tienes soluciones para todo, Alberto?

—No me seas quejica. Sólo pretendo ayudarte. Ya sabes.

—De principio —ha sentenciado Pablo.

Solo estaba jugando con él. Sabe que no importa lo que conteste porque aún así Alberto le entregará una de sus obras no publicadas a fin de que en pocas semanas, a lo sumo un mes, le diga que le había parecido la novela.

A Pablo no le molesta en absoluto, todo lo contrario. Es la única vez que ha podido establecer una relación personal con un residente hasta ese nivel.

Que Alberto le deje leer las cosas que escribió de joven y que los dos sean unos apasionados de las novelas de ficción no suele ser corriente. A Pablo le encanta devorar esas páginas inéditas aunque le da pena que sean los originales de un escritor desconocido. Le hubiera gustado encontrar esos títulos en las librerías y poder comentar que conoce al escritor pero ninguna de las obras de Alberto ha sido publicada y están relativamente intactas en esa caja metálica que saca de vez en cuando.

—Ten. Los caprichos de Beatriz. Te gustará. Espero —dice Alberto estirando el brazo y ofreciéndole el ejemplar a Pablo.

—Gracias. Es todo un honor, ya lo sabes —responde Pablo después de besar la portada, comprobar el título y protegerlo con sus brazos.

—Debo advertirte que no creo que tu «madamme» sea como mi protagonista pero fue lo que escribí cuando conocí a mi segundo amor. Tan sólo es para que conozcas otras situaciones y poder explicarte que muchos otros ya han pasado por lo que tú.

—Que mentiroso eres Alberto. Pero si siempre defiendes que el amor verdadero es único e irrepetible. Que cada cual tiene el suyo si lo consigue y que ninguno es igual a otro.

—Ya, claro. ¿Pero quién ha hablado de amor verdadero?

Y los dos se ríen. Se ponen a reír por lo bajo, con un cierto aire de complicidad y respeto mutuo. Lo cual les une aún más desvaneciéndose a veces el hecho de que Alberto sea un residente y Pablo el enfermero, formándose un momento de felicidad compartida, por esas risas tontas y de verdadera amistad por algunas penas conjuntamente vividas.

—Voy a guardarlo. Te veo luego — responde Pablo levantando la obra y saliendo de la habitación.

Sabe perfectamente que Alberto se quedará un rato más con sus novelas, reordenándolas y ojeándolas hasta que se canse. Luego cerrará la caja y la dejará a los pies de la cama hasta que un enfermero, Pablo o quién quiera que pase para entregar las medicinas y, entonces le pedirá que le suba la caja y la guarde en el altillo del armario.

Pablo ha dejado el texto en el cajón de la mesa de recepción, donde tres días a la semana le toca hacer guardia. También es la sala donde están instalados los monitores de control que saltan de imagen cada seis segundos para mostrar las habitaciones, los pasillos principales y todas las esquinas que registra el circuito cerrado de televisión. Ha salido al patio para ver si quedaba alguien porque se acerca la hora de la cena y debe avisarles de que vayan entrando. El patio está vacío, también la terraza y la sala de la televisión. Anochece y casi todas las luces de los dormitorios empiezan a encenderse. Pablo se dirige hacia la cocina donde encuentra a Nora y a Ester faenando.

—Parece que hoy tienen hambre — comenta la jefa de cocina al ver a Pablo.

—Ya sabes Nora que los jueves se alteran las hormonas, responde irónico el joven.

—Lástima que sólo afecte a los ancianos porque ya hace cinco años que espero que vuelvan a alterarse las mías —dice la ayudante acercándose a Pablo. —Si tú quisieras —musita acariciándole la mejilla con un dedo.

—¡Ester!, por favor. Deja al chico en paz —interviene Nora alegremente mientras cambia unas cazuelas por otras en los ardientes fogones.

Ester abre la puerta del frigorífico y queda aislada de las miradas de complicidad que mantienen Nora y Pablo. Cuando esta cierra de golpe la nevera Pablo se despidе momentáneamente.

—Voy a hacer recuento, ¿de acuerdo?

Y pasa por detrás de Ester que está arrodillada delante de los cajones abiertos del congelador.

—Uf!, que escalofrío —añade juguetona en voz alta.

—Va, no hagas más la tonta que me corto —acierta decir Pablo mientras le pasa una mano por los hombros.

Ester aprovecha momentáneamente para acariciarle con cariño la mano que tiene él apoyada.

Los tres sonríen levemente. A Pablo le da la risa tonta porque sabe que Ester está casada desde hace más de veinte años y tiene dos hijos. Ella siempre dice que puede permitirse el lujo de hacer enrojecer a los jóvenes porque no hay nada más divertido. Dice además, que estar casada le permite decirle a cualquiera, que sea conocido, lo primero que le pasa por la cabeza, sea verde o no, puesto que no hay intención oculta alguna. Si fuera joven y soltera no sería capaz ni de pensarlo. Con ese argumento convenció a Pablo de ser inofensiva las primeras semanas de trabajar con él y a otros que vinieron luego y después se fueron. Pablo le contesta a veces que utiliza la misma táctica para aprovecharse de la situación porque con la excusa no para de meter mano. Ester y los demás, todos los del grupo que trabajan en la residencia, se echan a reír a carcajadas, a sabiendas de que ella no contestará o dirá alguna otra majadería sin desmentir el último comentario de Pablo. Nora en cambio, es lo opuesto a Ester. Le dobla casi la edad y está viuda. Pablo piensa que el descaro de Ester sería más provechoso para Nora puesto que necesita de otro amor para salir de las cuatro paredes de la cocina y hacer algo más con su vida. Nora fue quién

recomendó a Pablo para el puesto de enfermero vacante. Se conocen desde siempre porqué la casa de los padres de Pablo está justo enfrente de la de Nora. A veces, casi siempre cuando están a solas en la cocina o cuando comparten horarios nocturnos de guardia que llenan de silencio las estancias mientras se hacen compañía, Nora rememora algún recuerdo del jardín de su casa, cuando Pablo de pequeño jugaba en él, mientras los padres, su madre principalmente, entablaba conversación con ella. Merendaban en casa de Nora algún que otro domingo y esa práctica se intensificaba en verano, cuando los dos matrimonios se reunían en el jardín de una de las dos y veían crecer a Pablo, mientras éste se ensuciaba por completo jugando con el agua y la tierra húmeda.

Nora siente un gran cariño por Pablo, casi como si fuera su sobrino y éste le corresponde como si lo fuera. Pablo perdió en un accidente de coche a sus padres hace menos de dos años, justo cuando acabó de licenciarse. Y desde entonces, aunque Pablo es mayor para cuidarse por sí solo, es Nora quien se preocupa por él. Siendo ella la jefa de cocina desde hace más de cuarenta años no tuvo dificultad en proponer a un medio «sobrino» suyo para que ocupara la plaza. Ahora se siente orgullosa porque la dirección está contenta con el trabajo de Pablo y más aún los residentes, que sintonizan con él más que con nadie y eso a Nora la hace feliz. Pablo es muy responsable y eficiente. Lo demuestra sólo con el comentario que acaba de hacer hace unos segundos. Se ha ido a hacer recuento de residentes para saber quién falta por llegar. Otro enfermero se hubiera quedado en la cocina, charlando más de la cuenta en las horas en que Nora y Ester tienen más trabajo, o se le hubiera ocurrido fumarse un cigarro en la cocina, esperando picar algo de comida cuando Nora lo perdiera de vista. Pablo no es así. Hace su trabajo y no pierde el tiempo. Nora es muy parecida a él en ese tema y le ilusiona pensar que esa actitud de extrema responsabilidad la haya heredado de ella.

Pablo está con los abuelos en el comedor, intentando mantenerlos distraídos hasta que traigan los primeros platos. Ve entrar a Alberto y se acerca hasta él para recibirlo como el mejor cliente de su pequeño restaurante. Como casi siempre se sienta en la misma mesa, Pablo corre a retirarle la silla para facilitarle el asiento. Alberto se lo agradece mientras le pregunta el menú de esa noche